

# El encuentro y el desencuentro

JORGE EDWARDS\*

¿Tiene algún sentido condenar a Cristóbal Colón al paredón, como pedían en meses recientes algunas “pintadas” en muros mexicanos? ¿Es posible juzgar a la historia, hacer historia conjetural, pensar en lo que habría ocurrido si Colón le hubiera hecho caso a sus compañeros y hubiera dado marcha atrás a pocas millas de distancia del Nuevo Mundo? ¿Tiene algún significado político, o es simplemente un acto criminal y estúpido poner bombas en la embajada de España por el delito de haber conquistado y colonizado América hace quinientos años?

Hace exactamente quinientos años, de acuerdo con la vida del Almirante escrita por su hijo Hernando, las naves de Colón se habían encontrado con doce pajaritos de muchos colores, de aquellos “que suelen cantar por los campos”. También habían visto aves grandes, alcatraces, ánades, y habían sentido que el aire era fresco, perfumado, “como lo es en Sevilla en el mes de abril”. Eran señales inequívocas de que la tierra estaba cerca. Los tripulantes, sin embargo, se reunían en sectores apartados de los barcos, miraban a sus jefes con gesto sombrío, murmuraban y hasta conspiraban. No estaba en absoluto excluido que apresaran o mataran a Colón para regresar a las islas Canarias. Consciente de este peligro, Colón ocultaba la verdadera distancia recorrida desde que habían abandonado la isla de la Gomera y trataba de

\*Novelista chileno.

transmitir su optimismo a sus compañeros. Eran la soledad profunda, la astucia, la fuerza del gran hombre de acción. Mientras él perseveraba en su empresa, sus compañeros lo observaban como si estuviera loco.

Esos tripulantes incultos, miedosos y a la vez duros, implacables, pertenecían a la especie de esos “conquistadores torvos” de que hablaría Neruda muchos años más tarde. Sin embargo, Neruda, quien siguió la leyenda negra al pie de la letra, quien se inspiró en muchos textos del siglo XIX chileno, en Vicuña Mackenna, en Barros Arana, en otros, para escribir su gran poema americanista, indigenista, el *Canto general*, hizo un balance final de la conquista en algunos sectores no demasiado conocidos de su obra. Lo hizo en un poema de *Canto general* que se titula “A pesar de la ira”, título que lo dice todo o casi todo, y en un texto de sus memorias, “La palabra”. Tenemos que pensar en lo que significa para un poeta, para un escritor, la palabra, el lenguaje. Pues bien, Neruda escribe que a esos bárbaros que eran los soldados españoles, “se le caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes... el idioma. Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras”.

Es decir, *sólo* nos dejaron las palabras, pero ocurre que las palabras, en el balance final, son todo, son lo único que cuenta. En el principio era el Verbo, y en el final también lo era, o lo será. Las palabras, el lenguaje, son la cultura y la inteligencia, la ciencia y la técnica. Cuando la lengua castellana penetró en América, el continente americano, con sus civilizaciones enigmáticas, extraordinarias, sombrías, constructoras de grandes monumentos a la muerte, quedó ligada de una vez por todas a la tradición occidental. Pasó a ser una periferia lejana, pero integrada: el otro Occidente, como se ha dicho, o “el último Occidente”, como dijo con sabiduría poética don Luis de Góngora. Los conquistadores torvos, en resumidas cuentas, incendiaron, mataron, destruyeron, esclavizaron, como los conquistadores de todas las épocas y lugares, pero nos dejaron una herencia espléndida: nos conectaron, por medio de la lengua de Castilla, que en esos años era una lengua todavía muy joven, con Fernando de Rojas, quien escribía *La Celestina* por esos mismos meses, y con el romancero, con el Dante, quien había escrito su *Comedia* en un idioma muy parecido, de la misma familia, por así decirlo, y con Séneca y Virgilio, quienes escribían en la lengua madre del castellano, el latín. Nos conectaron con ese pasado espléndido y con un futuro no menos espléndido,

en el que iban a inscribirse Miguel de Cervantes y Francisco de Quevedo.

Esto no significa, desde luego, que los problemas indígenas de todo el continente hayan sido bien resueltos, o los problemas, si es por eso, de las sociedades latinoamericanas. No han sido resueltos, claro está, y están todavía muy lejos de resolverse. Pero esto, esta herencia de la lengua, supone una visión, un instrumento intelectual, una cultura, lo cual equivale a una posibilidad racional de resolver esos terribles conflictos, o por lo menos de progresar en el camino de una solución. Nosotros, aquí en Chile, tendemos a creer que los temas del lenguaje, de los libros, de la cultura, son secundarios; que lo principal es el índice de crecimiento y de las inversiones, pero lo creemos, precisamente, porque somos subdesarrollados. Y lo seguiremos siendo en la medida en que lo sigamos creyendo.

